

Dinámicas de seguridad en el Atlántico Sur: Brasil y Estados Unidos en África

Security dynamics in the South Atlantic: Brazil and the United States in Africa

Pedro Seabra

Doctorando en Política Comparada, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Lisboa (ICS-UL)
pedronunoseabra@gmail.com

Resumen: Este artículo examina la creciente preocupación de la comunidad internacional por las nuevas dinámicas de seguridad que se están gestando en el Atlántico Sur y el potencial ascenso de esta área en la agenda internacional de seguridad. Sobre la base de viejas y nuevas amenazas con el telón de fondo del interés manifestado por países como Brasil y Estados Unidos hacia esta área específica, y haciendo hincapié en los intereses político-estratégicos de estos dos países en África, este texto ofrece una visión pertinente del contexto actual de seguridad, desde las posibilidades de competir a las oportunidades de cooperar entre todos los actores políticos involucrados.

Palabras clave: Atlántico Sur, Brasil, África, Estados Unidos, seguridad, cooperación

Abstract: This article acknowledges the international community's growing concern over the new security dynamics currently brewing in the South Atlantic, and the potential upgrade of this area on the international security agenda. By building on both old and new threats in the background interest being displayed by such countries as Brazil and the US towards this specific area, and by highlighting these two countries' political-strategic interests in Africa, this article provides an accurate portrait of the current security context, which ranges from the chances of competition of all the actors involved to the opportunities for cooperation between them.

Key words: South Atlantic, Brazil, Africa, United States, security, cooperation

El centro de atención de la política internacional tiende a saltar de una zona geográfica conflictiva a otra según las crisis emergentes, las nuevas correlaciones de fuerza y poder o la creciente rivalidad por los recursos e influencia en un área determinada. En este momento, la región Asia-Pacífico parece haber llegado a un punto de madurez suficiente como para atraer buena parte de la citada atención durante los próximos años y al mismo tiempo atrapar a destacados actores políticos y delicados problemas de seguridad en una reñida partida de ajedrez (Mahbubani, 2009; Clinton, 2011; Le Mièrre, 2012). No obstante, pese a esta percepción pública tan extendida, cabe la posibilidad de observar singulares actitudes de interés por otros contextos regionales específicos que, aun siendo secundarios en el marco de un panorama más amplio, logran defender sus propias posturas en la agenda internacional. La reciente evolución en materia de seguridad en el área del Atlántico Sur y la previsible confluencia de agendas exteriores de terceros con relación a esta área pertenecen claramente a esta categoría. Considerado durante mucho tiempo como una zona tranquila en términos estrictamente militares, el Atlántico en tanto que unidad, sin prisa pero sin pausa, ha empezado a atraer la atención sobre riesgos concernientes a la seguridad susceptibles de alojar en su seno, así como sobre el efecto potencialmente perjudicial en relación con las interacciones internacionales que pasan por él. Asimismo, las implicaciones para las estrategias más amplias de potencias establecidas o emergentes en esta región son cada vez más visibles y, por tanto, es más difícil que los respectivos liderazgos las pasen por alto. Así, tiene sentido considerar el papel de Estados Unidos y Brasil en estos acontecimientos como el de dos ineludibles actores políticos que realizan activamente incursiones en dirección a África y están interesados, por lo tanto, en la seguridad del espacio marítimo intermedio. En este sentido, este artículo se propone principalmente proporcionar una valoración precisa del contexto actual de seguridad en el Atlántico Sur y establecer al mismo tiempo paralelismos entre los propios intereses político-estratégicos de Estados Unidos y de Brasil en África y las amenazas existentes en este ámbito.

A este propósito, el artículo destaca, en primer lugar, los principales problemas de seguridad que existen actualmente en el Atlántico Sur con el fin de comprender mejor sus desafíos implícitos; en segundo lugar, examina la posición que ocupan África y el Atlántico Sur en las agendas de Brasil y de Estados Unidos al objeto de fundamentar el apartado siguiente, que consta de una relación de las iniciativas en materia de seguridad y defensa emprendidas por ambos países para establecer o anunciar su presencia en la región a fin de proteger sus propios intereses; en tercer lugar, analiza las dinámicas inherentes de cooperación y competencia que se derivan de dicha interacción, así como su contingencia respecto de las propias aspiraciones regionales de otros actores políticos externos; y, por último, ofrece unas observaciones finales.

El Atlántico: nuevas y viejas amenazas

Como denominador común de cuatro continentes diferentes, el espacio atlántico se define, y es comprensible, no sólo por la vastedad de su espacio marítimo, sino también por la importancia estratégica de conectar todas y cada una de sus orillas de una manera segura. Por lo tanto, el núcleo de su estabilidad radica en prevenir o contrarrestar cualquier situación inédita o incidente susceptible de afectar la seguridad de esa apertura sin límites, al alcance de cualquier país que desee utilizarla o aprovecharse de ella. A pesar de esta eterna lógica, no obstante, el Océano Atlántico pudo librarse de ser el foco de la comunidad internacional en las últimas décadas, debido sobre todo a una combinación de garantías estratégicas proporcionada por las alianzas derivadas de la Guerra Fría—esto es, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en relación con la parte norte— e indiferencia absoluta especialmente respecto a cambios y acontecimientos en el hemisferio sur. Esto no quiere decir que no hubiera amenazas potenciales¹. Sin embargo, durante un considerable espacio de tiempo, los peligros habituales de la región, como los flujos de narcotráfico y los actos de piratería, no atrajeron demasiado el interés internacional; hasta en fechas recientes, es decir, cuando estos empezaron a cobrar renovada energía debido a su intensidad y creciente riesgo asociado. De este modo, fueron objeto de una mayor preocupación del exterior.

La cuestión de la piratería en aguas del Atlántico, por ejemplo, ha empezado a ocupar rápidamente lugares preferentes en la agenda a medida que se ha vuelto más violenta y organizada, con acento especial en la «nueva zona de peligro», esto es, el golfo de Guinea (ICG, 2012a). Según datos recogidos por la Organización Marítima Internacional (OMI), el número de incidentes de piratería declarados en esta región aumentó de 45 en 2010 a 64 en 2011. Además, en los primeros seis meses de 2012, ya se habían registrado 32 casos, frente a los 21 en el mismo periodo del año anterior (ICC-IMB, 2012: 25)². Países como Nigeria, Benin y Togo se han convertido en los principales blancos de estos ataques de piratas locales, que obtienen más ingresos del robo de petróleo que de los rescates de

1. Por ejemplo, durante la Guerra Fría, los rumores sobre el tránsito de buques soviéticos por aguas del Atlántico Sur y la existencia de bases amigas en las costas africanas provocaron alarmas en las capitales occidentales (Hurrell, 1983: 189-190).

2. Pese a su utilidad, el banco de datos no puede considerarse como una fuente totalmente precisa, ya que las compañías navieras actualizan sus documentos de manera voluntaria y su limitada definición de «ataque de piratería» tiende a excluir los ataques contra embarcaciones más pequeñas. Por lo tanto, suele considerarse que las cifras de incidentes reales son considerablemente más elevadas.

los tripulantes capturados, en marcado contraste con sus homólogos somalíes³. Aprovechando la deficiente vigilancia marítima y proyección de fuerzas nacionales, así como un grado de cooperación regional aún incipiente, la piratería ha prosperado en esta parte de África; con frecuencia viene asociada a otras actividades delictivas al tiempo que fomenta la corrupción, la radicalización de las minorías, la inestabilidad política, así como los conflictos marítimos fronterizos entre países vecinos. Como era de esperar, esta oleada de piratería ha ejercido un efecto considerable sobre las economías locales africanas; por ejemplo, se calcula que el coste macroeconómico para Nigeria en 2010, en términos de comercio regional y reducción de la inversión extranjera, ascendió a 42 millones de dólares (Bowden *et al.*, 2010: 25). Además, en 2011, una misión de evaluación de las Naciones Unidas calculó que el tránsito de buques en el puerto de Cotonou (Benin) había disminuido un 70% debido a un mayor riesgo de piratería, hecho que acarrió una pérdida de ingresos aduaneros de más de 80 millones de dólares. Pero, aun más importante, la misma misión también calculó una pérdida anual de ingresos de casi 2.000 millones de dólares en el caso de las economías de África Occidental debido únicamente a las actividades de piratería (UNSC, 2012).

El impacto de la piratería en su totalidad, sin embargo, trasciende el ámbito estrictamente regional, ya que también implica interrupciones de las rutas comerciales internacionales que afectan a la economía global. Teniendo en cuenta que el 90% del comercio total de África se efectúa por vía marítima, y ello es esencial para sus exportaciones de productos básicos en gran parte sin transformar, se advierte fácilmente en qué medida el incremento de operaciones delictivas en alta mar puede conllevar un riesgo de importancia para los flujos comerciales. Las empresas navieras internacionales deben incluir disposiciones que prevean no sólo el posible robo de cargamentos, sino también primas de seguros y gastos de seguridad más elevados, imprescindibles para hacer frente a esta escalada de ataques, con el previsible aumento de los costes de las mercancías transportadas. Con estos ataques, la seguridad de las rutas de los petroleros que proceden de esta misma región se considera como la más crítica. Y ello es así porque el conjunto de todos los países del golfo de Guinea produce más de cinco millones de barriles

3. Nigeria hace frente desde hace mucho tiempo al problema de la piratería en sus aguas, sobre todo a causa de las actividades del Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger (MEND), presente en la región del delta del Níger rica en petróleo, que suele recurrir al secuestro y petición de rescate de trabajadores de la zona, al sabotaje de las instalaciones, a los ataques contra los buques petroleros, así como a las perforaciones ilegales (Ibaba y Ikelegbe, 2010). Se cree que los «exrebeldes del MEND convertidos en piratas» juegan un papel esencial en el auge de la piratería en aguas de África Occidental (McNamee, 2012).

de petróleo al día y casi el 70% de la producción total de petróleo de África se concentra a lo largo y ancho de estas costas. Por otra parte, cabe subrayar que la influencia de África Occidental en los mercados mundiales de la energía no hará más que aumentar en los próximos años. Según los cálculos a largo plazo, la producción total de los países de África Occidental que pertenecen a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aumentará de los 4,2 millones de barriles diarios registrados en 2008 a 5,4 millones de barriles diarios en 2035. Por lo que se refiere a Angola, se prevé que amplíe su producción hasta 2,3 millones de barriles diarios en 2020 y es probable que la producción de Nigeria ascienda a un total de 3,4 millones de barriles diarios en 2035 (EIA, 2011: 35). En ese sentido, cuando son atacadas plataformas petrolíferas o son secuestrados petroleros, ello repercute en la oferta y la demanda mundiales, lo que a su vez tiene un efecto casi inmediato sobre los mercados internacionales y los precios al alza de los combustibles.

Paralelamente, también crece la preocupación por el narcotráfico, que está aumentando en diferentes áreas y regiones; un problema que no sólo afecta a la comunidad internacional, sino que también ejerce su efecto negativo correspondiente sobre las economías y las sociedades africanas. Los cárteles de la droga en América del Sur, que se benefician de los puntos débiles locales de los países africanos, como los controles portuarios insuficientes, los equipos de inspección deficientes, la porosidad del territorio y de las fronteras marítimas, así como la corrupción endémica de los servicios de seguridad y aduanas, han llegado a apuntar a estas aguas como objetivo por considerarlas como rutas de tránsito preferente para sus mercados europeos. Se han documentado ampliamente importantes flujos de narcotráfico entre países productores como Bolivia, Colombia o Perú y destinos intermedios como Guinea-Bissau, Ghana o Nigeria, en dirección hacia el Reino Unido, Portugal, España y los Países Bajos. África Occidental, en especial, se ha convertido en el epicentro de este fenómeno. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD), entre 2001 y 2007 las incautaciones anuales de cocaína en África Occidental aumentaron de unas 2,73 toneladas a aproximadamente 47 toneladas. En años posteriores, las cifras disminuyeron, con cálculos que indicaban la llegada de 35 toneladas de cocaína de América del Sur a África en 2009 y, de hecho, sólo 21 toneladas a Europa. No obstante, se cree que estas cifras reflejan en mayor medida cambios tácticos de los cárteles en respuesta a los esfuerzos de aplicación de la ley conjuntamente con el potencial de los nuevos mercados, que una disminución real del tráfico (UNODC, 2011b: 40, 113). De hecho, y mientras anteriormente la mayoría de la droga de contrabando que llegaba a África Occidental solía ser transportada por grandes buques nodriza, que descargaban la droga en embarcaciones más pequeñas frente a la costa africana occidental, hay indicios de que, en la actualidad,

los traficantes de droga prefieren el uso de contenedores para enviar cocaína de contrabando a África Occidental (UNODC, 2011a: 28). Suelen emplear, también, aviones comerciales modificados para cruzar el Atlántico.

Asimismo, y a pesar de que la mayor parte de las incautaciones de cocaína en Europa Occidental y Central han tenido que ver con el medio marítimo (el 77% de todos los decomisos entre 2008 y 2010), la droga viaja de manera preferente de África Occidental a Europa por vía aérea. De hecho, el 58% de toda la cocaína incautada en la última década ha sido capturada en vuelos comerciales entre África Occidental y Europa Occidental. Sin embargo, el número de detecciones de droga ha disminuido igualmente en los últimos años, lo que indica, una vez más, que los traficantes han adaptado sus métodos (ibídem: 24, 33). Una ruta alternativa, pero todavía escasamente documentada, es el contrabando de cargamentos de droga por vía terrestre, a través del desierto del Sáhara en África del Norte, antes de alcanzar las costas europeas.

Por otra parte, el tráfico de drogas es una de las principales actividades de grupos de crimen organizado, y suele financiar comercio de armas, trata de personas, guerras civiles y actividades terroristas regionales, además de mantener a menudo peligrosos vínculos transnacionales con otras organizaciones criminales de todo el mundo. Un ejemplo patente son las actividades de la organización Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) y de otros grupos de inspiración islámica como Ansar al Din y el Movimiento para la Unidad de la Yihad en África Occidental (MUYAO), que han aprovechado tanto la caída del coronel Muamar el Gaddafi en Libia como la desorganización estructural en Malí para ampliar significativamente su alcance y sus operaciones, incluido el control sobre el negocio de la droga a través del Sahel. Aunque tales vínculos no son totalmente nuevos (Yapp, 2010; Pham, 2010), su aportación a una escalada de violencia en la región preocupa crecientemente a la comunidad internacional. La proliferación de actividades de estos movimientos, asimismo, conduce a una creciente inestabilidad del poder en el continente africano. El caso de Guinea-Bissau, por ejemplo, se ha convertido prácticamente en un caso crónico pues hace frente a una serie de golpes desestabilizadores (ICG, 2012b) entre esfuerzos por alcanzar cierta estabilidad bajo el influjo negativo de la debilidad política estructural y el malestar militar, que sufren a su vez los efectos del tránsito del tráfico de drogas (UNODC, 2007). Pero una potencia regional como es Nigeria también hace frente a desafíos crecientes a su integridad nacional, ya que se enfrenta a violentas operaciones de las milicias Boko Haram atizadas por la desigualdad y la pobreza en el norte del país y por un resentimiento histórico entre el norte y el sur del mismo (The Economist, 2012a; Pham, 2012; Onapajo *et al*, 2012). En este caso, la posible interrupción de los flujos de petróleo puede ejercer un impacto mayor que los actos de piratería antes mencionados, además de desestabilizar toda la región así como los países vecinos.

En general, no es raro que las amenazas aquí expuestas se aborden de manera conjunta, sobre todo cuando se suman a otros temas igualmente desestabilizadores como la proliferación de armas pequeñas y ligeras (APAL), los residuos que afectan el medio ambiente o la pesca ilegal. Pero, sobre todo, estas cuestiones, si bien dan cuenta de una tendencia creciente de escalada de riesgos para la seguridad en las aguas del Atlántico y las cercanas costas africanas, acaban también por evidenciar vínculos claros con los puntos débiles de desarrollo y estructurales en el seno de los aparatos estatales de muchos países africanos de esta zona.

Estados Unidos y Brasil: la priorización de África y el Atlántico Sur

Como se ha dicho anteriormente, el conjunto de las cuestiones de seguridad arriba expuestas representa retos importantes para el espacio atlántico y presenta importantes ramificaciones propias en el interior de África. Por lo tanto, a fin de analizar la priorización de tales cuestiones por parte de Estados Unidos y de Brasil, es congruente combinar los puntos de vista de ambos para alcanzar una representación adecuada del contexto de seguridad que implican.

Si empezamos con la agenda de Estados Unidos, no es de extrañar que el continente africano suela ocupar una posición secundaria con respecto a otras prioridades internacionales y crisis geopolíticas, lo cual ha sido una constante en las distintas Administraciones estadounidenses a lo largo del tiempo (Walle, 2010). Sin embargo, en los últimos años, la atención política a África ha aumentado lenta pero constantemente. La primera prueba de ello se produjo cuando el presidente Barack Obama visitó Accra (Ghana) en julio de 2009 y trató de dar un nuevo impulso a las relaciones entre Estados Unidos y el continente⁴. En tal ocasión, esbozó un marco provisional con relación a la nueva política africana de su país. Su formalización, sin embargo, sólo llegaría casi tres años más tarde, en junio de 2012, con una nueva estrategia de Estados Unidos sobre África Subsahariana centrada en cuatro dimensiones: fortalecer las instituciones democráticas; promover el crecimiento económico, el comercio y las inversiones; promover la paz y la seguridad; así como fomentar las oportunidades y

4. Aunque Obama solo visitó África en dos ocasiones durante su primer mandato, esto es, Egipto y Ghana, la exsecretaria de Estado Hillary Clinton, por el contrario, pudo visitar 23 de los 54 países africanos durante su permanencia en el puesto.

el desarrollo (The White House, 2012)⁵. A tal propósito se investigaron iniciativas de importancia; concretamente, la creación de mecanismos institucionalizados prácticamente con los socios potenciales más importantes del continente, sea en forma de un diálogo estratégico con Sudáfrica, una Comisión Binacional con Nigeria o un Diálogo de Asociación Estratégica con Angola durante todo el año 2010. Pero el discurso de Obama en Accra también fue significativo debido a otra serie de razones. De hecho, además de las características políticas generales, se declararon también objetivos estratégicos claros, que parecieron llevar a Estados Unidos a prestar más atención a las amenazas de seguridad provenientes del continente africano: «Cuando hay un genocidio en Darfur o terroristas en Somalia, no se trata simplemente de problemas africanos; se trata de desafíos concernientes a la seguridad global y exigen una respuesta global»⁶ (The White House, 2009). En otras palabras, las amenazas regionales procedentes de África se asumirían de forma más globalizada, estimulando así un mayor interés por parte de Estados Unidos en su resolución efectiva⁷. Los rasgos más específicos de esta valoración concreta residen en el discurso oficial sobre las amenazas globales comunes y transnacionales, con sus vínculos inherentes al núcleo interno de los intereses estratégicos de Estados Unidos. Con respecto a este último punto, la Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Obama de 2010 reconoce que «las amenazas criminales transnacionales y las redes de tráfico ilícito continúan ampliándose de modo notable en tamaño, alcance e influencia, planteando importantes desafíos nacionales de seguridad a los Estados Unidos y [sus] los países socios» y añade que la vía hacia delante implica suscribir «asociaciones de colaboración eficaces» con el continente africano (The White House, 2010: 49, 45).

La Estrategia Militar Nacional de 2011, por su parte, considera que los «dominios globales comunes y globalmente conectados» constituyen «el tejido conectivo del que depende la seguridad y la prosperidad de todas las naciones. El dominio marítimo posibilita que el grueso de la fuerza conjunta [de Estados Unidos] provea su despliegue y mantenimiento logístico así como el comercio que sostiene el sistema económico mundial» (Department of Defense, 2011: 9). Por decirlo en términos más simples, estos dos ejes temáticos corroboran de modo oficial la preocupación de Estados Unidos en términos generales por las cuestiones de seguridad africanas.

5. Estas dimensiones se basaban ampliamente en anteriores áreas políticas que Obama enunció en su discurso en Accra en 2009: «democracia, oportunidad, salud y solución pacífica de conflictos» (*The White House*, 2009).

6. N. de T.: Todas las citas de este artículo están traducidas del original en inglés.

7. Buen ejemplo de tal disposición fue el envío de cien soldados estadounidenses a ayudar a las fuerzas ugandesas en la captura de Joseph Kony, el principal dirigente del grupo guerrillero paramilitar denominado Ejército de Resistencia del Señor (LRA, por sus siglas en inglés).

En cuanto a Brasil y sus vínculos con África, la expresión de un nuevo interés es aún más profunda. Basada en los hondos vínculos históricoculturales (Saraiva, 2010), la presidencia de Luiz Inácio Lula da Silva situó el reconocimiento de la «heterogeneidad del Sur» (Soares da Lima y Hirst, 2006: 36), así como la modernización de las relaciones con África, en lugar preferente de su agenda de política exterior⁸. El objetivo era el mismo: «establecer o consolidar la red de cooperación e influencia política en dirección sur, empezando por América del Sur y avanzando hacia alianzas con otras regiones, a fin de alcanzar el objetivo de hacer de Brasil un país orientado a la dimensión global» (Cervo, 2010: 23). Esto exigió, de forma invariable, dedicar esfuerzos a una estrategia más amplia de búsqueda de autonomía en el orden mundial mediante la diversificación de las relaciones (Vigevani y Cepaluni, 2009) y el recurso de los foros políticos multilaterales. Incluyó, por ejemplo, negociar cierto número de alianzas allí donde los votos africanos eran esenciales para los objetivos exteriores de Brasil, como en el caso de las negociaciones comerciales de 2003 en Cancún (México), que dieron origen al primer G-20, o bien la campaña más amplia a favor de un asiento brasileño en el Consejo de Seguridad de la ONU. Pero también incluyó el fomento de nuevos foros multilaterales susceptibles de dar cabida a nuevos modelos cambiantes de poder en el orden internacional, como la institucionalización del Foro de Diálogo India-Brasil-Sudáfrica (IBSA) como una «asociación diplomática» trilateral (Alden y Vieira, 2005) o incluso la creación de las Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América del Sur y África (ASA), con el objetivo de acercar a ambos continentes. Este recentramiento de la política exterior y, de manera similar a la relativa a Estados Unidos, el reconocimiento por parte de Brasil de la importancia correspondiente a la seguridad y estabilidad de la región, están también presentes en el discurso oficial, aunque con un énfasis más claro en el Atlántico Sur. Al analizar los vínculos de cooperación de Brasil con Cabo Verde, el ahora ministro de Defensa, Celso Amorim (2012: 12), lo confirmó como sigue: «[Cualquier] clase de cooperación que podamos ofrecer a Cabo Verde, especialmente en lo que respecta a la vigilancia de su entorno marítimo, no será solo un gesto de solidaridad con un país hermano, sino que también atenderá a nuestro propio interés en la lucha contra la delincuencia y la piratería en zonas no muy distantes de nuestras aguas jurisdiccionales».

8. Cabe demostrar la renovada atención de Brasil por África con la suma de 19 nuevas embajadas en el continente entre 2003 y 2011, como también con las 28 visitas del presidente Lula a 23 países africanos y las 67 visitas del exministro de Asuntos Exteriores Celso Amorim a 31 países. En el 2011, el total de embajadas ascendía a 37, lo que confería a Brasil el quinto puesto en presencia diplomática en África, solo por detrás de países como Estados Unidos (49), China (48), Francia (46) y Rusia (38).

Las directrices oficiales de Brasil confirman, como estaba previsto, tal énfasis. La Estrategia Nacional de Defensa de 2008, por ejemplo, afirma incluso que las preocupaciones más intensas para Brasil en lo concerniente a la defensa radican no sólo en las regiones norte y oeste, sino también en el Atlántico Sur, y tienen en cuenta al mismo tiempo una posible «amenaza de un conflicto armado en la región del Atlántico Sur» como factor a tener en cuenta en el momento de fijar las condiciones para el futuro despliegue de las Fuerzas Armadas de Brasil e instar al incremento de la presencia militar del país en la misma área (Ministério da Defesa do Brasil, 2008: 13, 48, 49). Por otra parte, la Política de Defensa Nacional establece que «mientras que procura intensificar sus vínculos de cooperación, [Brasil] prevé un entorno estratégico que rebasa la masa del subcontinente e incluye la proyección a lo largo de los límites del Atlántico Sur y los países limítrofes de África». Además, «Brasil concede prioridad a los países de América del Sur y África, en especial los de África Occidental y de lengua portuguesa» (Ministério da Defesa do Brasil, 2012b: 4.1, 5.9). De acuerdo con este mismo razonamiento, la versión más reciente del *Libro Blanco de la Defensa* de Brasil indica que «la protección de las líneas de comunicación y de las rutas comerciales con África tiene una importancia estratégica para el país» (Ministério da Defesa do Brasil, 2012a: 51). Dado que el 90% del comercio exterior total de Brasil pasa por esta área, tal reconocimiento oficial acaba por dar algún eco a la dependencia marítima de Brasil del tránsito seguro por los puntos de estrangulamiento transnacionales como el Atlántico Sur y a la necesidad de enmarcar adecuadamente la evolución de África en un entorno más estratégico y seguro.

Estados Unidos y Brasil: las dinámicas de la seguridad en el Atlántico

Una vez establecido el interés político y estratégico tanto de Estados Unidos como de Brasil en África y, subsiguientemente, en la evolución del Atlántico Sur, es importante describir el nivel de compromiso que ambos países han llegado a promulgar en función de las actuales amenazas de seguridad procedentes de esta área. A este respecto, Estados Unidos, como era de esperar, toma la iniciativa no solo por su consolidada capacidad operacional, sino también por su historial a la hora de hacer frente a amenazas similares en otros contextos geopolíticos. Por lo que se refiere a África y el Atlántico Sur, desde 2007 la atención y el interés de Estados Unidos se han organizado a través del paraguas operacional del Comando Combatiente Unificado para el continente africano (AFRICOM),

que ha sumado todas las actividades y programas de Estados Unidos con respecto a esta zona y ya ha tenido que hacer frente a desafíos importantes desde sus inicios (McFate, 2008)⁹. Esto incluye la venta de armas y equipos militares a los gobiernos africanos a través del programa de Ventas Militares al Extranjero (FMS, por sus siglas en inglés), así como la prestación de instrucción y formación militar, tanto en África como en Estados Unidos, a las tropas y oficiales africanos a través del Programa de Educación y Capacitación Militar Internacional (IMET), el Programa de Asistencia para la Capacitación en Operaciones de Emergencia en África (ACOTA) y el Programa de Mantenimiento de la Paz Regional en África¹⁰. Mientras tanto, las actividades terroristas siguen figurando entre las primeras preocupaciones de Estados Unidos; a tal fin, se halla en curso la Asociación Transahariana de Contraterrorismo (TSCTP), con el objetivo de combatir el extremismo y las organizaciones terroristas que operan en las regiones del Magreb y el Sahel, mediante el fortalecimiento de la capacidad y la coordinación del contraterrorismo regional¹¹.

Son asimismo reiterados los ejercicios militares conjuntos con fuerzas militares en todo el continente para hacer frente en mejores condiciones a un contexto de incremento de la violencia, como lo demuestran las múltiples ediciones de África Endeavor, Flintock y Natural Fire, entre otras. En términos de acción marítima, sin embargo, el instrumento más visible reside en la Estación de Colaboración con África (APS, por sus siglas en inglés), que consiste en una serie de visitas de los buques de la Armada de Estados Unidos a puertos africanos con el objetivo de instruir acerca de la concienciación sobre el dominio marítimo y el cumplimiento de la ley, la gestión y la seguridad de las instalaciones portuarias, las prácticas de náutica y navegación, así como de la búsqueda y el rescate, el liderazgo, la logística, la ingeniería civil, la asistencia humanitaria y la respuesta a las catástrofes (Ploch, 2011: 22). Mediante el uso de los mismos métodos, el programa Africa Maritime Law Enforcement Partnership (AMLEP) trata de abordar la actividad marítima transnacional ilícita, como la intercepción de droga y el control de la pesca, mientras que los ejercicios tales como el

9. La primera operación militar destacada de AFRICOM fue la operación «Odyssey Dawn» para la implantación de una zona de exclusión aérea en Libia, en apoyo de la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de marzo y abril de 2011.

10. En 2011, el antiguo guardacosta estadounidense Cutter Chase fue desguazado y entregado a la marina nigeriana como excedente de material de defensa de acuerdo con la US Foreign Assistance Act y rebautizado posteriormente como NNS Thunder por las autoridades nigerianas.

11. Esta asociación comprende a Estados Unidos junto con 10 países africanos, incluidos Argelia, Burkina Faso, Chad, Malí, Mauritania, Marruecos, Níger, Nigeria, Senegal y Túnez.

Obangame Express o el Saharan Express, realizados de manera regular en aguas del golfo de Guinea, con la participación de militares de África Occidental y Central, así como con los socios europeos, refuerzan sus operaciones. Por último, también se aborda el problema de la proliferación del tráfico de drogas hacia el interior del continente. Por ejemplo, se han destinado más de 60 millones de dólares a la Iniciativa para la Seguridad Ciudadana de África Occidental (WACSI, por sus siglas en inglés), cuyo objetivo es mejorar la capacidad de los países de hacer frente al tráfico de drogas mediante la creación de sus propias instituciones, el fomento de la cooperación, el intercambio de la información de los servicios de inteligencia, así como la dirección de los centros de formación sobre la aplicación de la ley y los servicios de orden público. Esto se complementa, a su vez, con el empleo de contratistas privados para la vigilancia de todo el continente en general (Whitlock, 2012) y la formación de unidades de élite sobre estupefacientes en países como Ghana, Nigeria y Kenya (Savage y Shanker, 2012).

Por su parte, Brasil tampoco se ha quedado de brazos cruzados. Durante el mandato de Lula, se impulsó la cooperación en materia de defensa con varios socios africanos, aunque de manera más moderada que Estados Unidos. Por ejemplo, Brasilia negoció y firmó ocho acuerdos de cooperación en materia de defensa con diferentes países situados en las costas del Atlántico, entre ellos Angola, Guinea Ecuatorial, Guinea-Bissau, Namibia, Nigeria, Santo Tomé y Príncipe, Senegal y Sudáfrica¹². Se ofreció asimismo formación a oficiales africanos; el mejor ejemplo de ello es Namibia. De 2001 a 2011, hasta 1.179 oficiales de la Marina de Namibia recibieron formación militar en instituciones brasileñas (Ministério da Defesa do Brasil, 2012a: 106). Otro sistema de acuerdo consistió también en giras de buena voluntad realizadas por buques de la Marina de Brasil en costas africanas, como las llevadas a cabo por la corbeta *Barroso*, que visitó Angola, Guinea Ecuatorial, Ghana, Namibia, Nigeria y Santo Tomé y Príncipe en el verano de 2010, y por el buque patrullero oceánico (*Navio Patrulha Oceânico* [NaPaOc]) *Amazonas* que pasó el mes de agosto de 2012 navegando entre Benin, Cabo Verde, Nigeria y Santo Tomé y Príncipe, participando a menudo en ejercicios bilaterales, formación de mantenimiento y demostraciones de acción contra la piratería. Pero la ayuda militar de Brasil también incluyó otro tipo de contribuciones. En 2004, este país donó a las autoridades de Namibia la antigua corbeta brasileña *Purus*, posteriormente rebautizada *NS Teniente General Dimo Hamaambo*. Más adelante,

12. Todos estos acuerdos se firmaron en 2010 con excepción de los firmados con Sudáfrica, Guinea-Bissau y Namibia, que lo fueron en 2003, 2006 y 2009, respectivamente.

construyó el patrullero de 200 toneladas, *NS Brendan Simbwaye* y dos patrulleros pequeños, el *LP Terrace Bay* y el *LP Möwe Bay*, entregados a Namibia en 2009 y 2011, respectivamente. El acuerdo para la venta de una corbeta de clase *Barroso* a Guinea Ecuatorial en 2010, la compra de seis aviones *Embraer A-29 Super Tucano* por valor de 91 millones de dólares por parte de Angola en 2011 –compra solo posible después de un préstamo por valor de 300 millones de dólares concedido por Brasil a ese mismo fin– o la donación de hasta dos aviones de patrulla *Embraer EMB 110 Bandeirante* a Cabo Verde, aportan otros buenos ejemplos. Los foros multilaterales recibieron una magnitud similar de inversión, como se ejemplifica en la revitalización de la *Zona de Paz e Cooperação do Atlântico Sul* (ZPCAS), en gran parte debida a un fuerte respaldo de Brasil en la reunión ministerial de la organización en Luanda, en 2007. El potencial de la ZPCAS como plataforma regional capaz de hacer frente a los problemas de seguridad comunes y de abrir nuevas posibilidades de exploración y conservación conjunta de recursos marítimos figuraba en el núcleo de esta iniciativa. Asimismo, el Foro de Diálogo India-Brasil-Sudáfrica (IBSA) demostró ser igualmente útil en la tarea de considerar una posible cooperación de la industria de defensa –como en el caso del proyecto *A-DARTER* por valor de 50 millones de dólares, un nuevo misil aire-aire desarrollado conjuntamente por Brasil y Sudáfrica– y prever maniobras militares conjuntas bajo la bandera de IBSAMAR. Se inscribe en la misma lógica la pertenencia de Brasil a la *Comunidade de Países de Lengua Portuguesa* (CPLP) y la participación de manera regular en los ejercicios militares *Felino*¹³.

Conflictos, rivalidad de terceros y oportunidades de cooperación

Sobre la base de la descripción de las amenazas existentes y de la propia concepción de Estados Unidos y Brasil del compromiso con la evolución del Atlántico Sur, cabe extraer una primera conclusión provisional en términos de reconocimiento del conjunto visible de incentivos referentes a la participación de potencias externas en lo concerniente a la seguridad del espacio atlántico. Por una parte, el aumento de las amenazas en materia de seguridad, con sus

13. El último ejercicio de esta clase tuvo lugar en Cabo Ledo (Angola) los días 19-28 de marzo de 2011, donde Brasil participó con 20 efectivos de personal militar.

correspondientes consecuencias sobre los flujos internacionales, resulta casi inevitable y, por lo tanto, obliga a los actores políticos, al menos en cierta medida, a reaccionar e intervenir. El discurso sobre las fronteras comunes y distantes y su correlación directa con los intereses nacionales de Estados Unidos y Brasil, respectivamente, encaja perfectamente en esta descripción. Pero, por otra parte, cada una de las inserciones de estos actores políticos en esta área requiere también de un nivel de determinación de su presencia con carácter previo a sus competidores más inmediatos. Como era de esperar, ello implica un grado considerable de competencia recíproca. De hecho, las consideraciones de la alta política y la dinámica abierta del poder suelen ser capaces de descubrir el modo de abordar la geopolítica regional africana, donde cualquier concesión o incursión aparente en el autoatribuido radio de acción de cada cual podría provocar una reacción de pública acritud así como sospechas, ya sea sobre una falta de consulta oportuna o sobre posibles actividades en el extranjero. Un buen ejemplo de ello es la reactivación estadounidense de la cuarta flota de Estados Unidos en el Atlántico en 2008. En ese momento, las autoridades brasileñas recelaban profundamente de tal iniciativa, debido al momento del anuncio, realizado poco después del descubrimiento de vastos yacimientos de petróleo presalinos en las propias aguas territoriales de Brasil. Las palabras del exministro de Defensa, Nelson Jobim, son ilustrativas de tal desconfianza: «Ellos pueden actuar en zonas que no están bajo jurisdicción brasileña. Aquí [en Brasil], no entran. (...) [La Cuarta Flota] sólo entrará si es autorizada por nosotros y para visitas de carácter amistoso, pero no supervisará en absoluto el área brasileña. Somos nosotros quienes la supervisamos (...) Espero que los demás no se preocupen de mis cosas. Quien tiene que preocuparse por las cosas de Brasil es Brasil» (Gaier, 2008).

La subsiguiente valorización energética del país, junto con el hecho de que coincidió con un mayor ímpetu de Brasil en escenarios mundiales, contribuyó a fundamentar la convicción de que Estados Unidos se encaminaba de hecho a introducirse de nuevo en lo que se consideraba como esfera de influencia brasileña¹⁴. De forma similar, si se considera el uso de la OTAN como posible sustituto de Estados Unidos o al menos estrechamente alineado con la política exterior de Estados Unidos, los ejercicios *Steadfast Jaguar* realizados en Cabo

14. El recelo aumentó por el hecho de que Estados Unidos no ha ratificado hasta la fecha la Convención de las Naciones Unidas sobre Derecho del Mar de 1982, que proporcionaría determinadas garantías formales a Brasil en el sentido de la salvaguarda de sus intereses energéticos y económicos en el Atlántico.

Verde en 2006 también contribuyeron a provocar la inquietud de las autoridades brasileñas, pues consideraron que este tipo de operaciones era prueba evidente del deseo de la organización de ampliar su alcance hacia el sur, hacia las costas africanas. Esta serie de desajustes culminó, a su vez, en el debate posterior sobre el nuevo concepto estratégico de la OTAN. Bajo la orientación de la exsecretaria de Estado estadounidense Madeleine Albright, un grupo de expertos propuso en un principio ampliar considerablemente las actividades *fuera de zona* de la OTAN y tomar en cuenta la misión en curso en Afganistán o la lucha contra la piratería en el golfo de Adén¹⁵. Pero, aun cuando el texto del Concepto, aprobado a finales de 2010 en Lisboa, moderó considerablemente tales aspiraciones y no dedicó referencias directas o indirectas al Atlántico Sur, el daño con su repercusión pública ya estaba hecho, con un Brasil expresando repetidamente su malestar sobre esta clase de debates, ya que, hipotéticamente, podrían producirse (Seabra, 2010).

Sin embargo, en medio de estas discusiones bilaterales, merece la pena destacar la preocupación aludida sobre la involucración de terceros países en la región. Sin lugar a dudas, China constituye la realidad insoslayable cuyos intereses aumentan en el continente y, por lo tanto, muestra una posible disposición a involucrarse de forma más activa en esta región en el futuro; algo que, sin duda, Brasil y Estados Unidos desearían eludir. Las autoridades chinas, si bien no han materializado todavía sus intereses en la región en los mismos términos que Estados Unidos y Brasil, experimentan un creciente temor ante las amenazas que se ciernen sobre las rutas de navegación de valor económico y, consiguientemente, sobre su suministro constante de petróleo; más aún si se tienen en cuenta las grandes operaciones en tierra y en alta mar a cargo de empresas como China National Petroleum Corporation (NPC), China Petrochemical Corporation (Sinopec) y China National Offshore Oil Corporation (NOOC) en esta zona. En este contexto, China ya ha comenzado a dar señales significativas de apoyo público a países locales en relación con el objetivo común de la seguridad en aguas del golfo de Guinea. Han prosperado, sobre todo, oportunidades de construcción de buques como el encargo de cuatro patrulleras por valor de 68 millones de dólares entregadas a Ghana en 2011 (GNA, 2011), los 5,5 millones de dólares prometidos a Benin para una compra similar (AFP,

15. Según el informe presentado por el grupo de expertos, una de las misiones de la OTAN debería consistir en el «despliegue y apoyo de capacidades expedicionarias para operaciones militares más allá del área del Tratado, en caso de necesidad, para impedir un ataque contra el área del Tratado o para proteger derechos legales y otros intereses vitales de los miembros de la Alianza» (NATO, 2010a: 39).

2011) y las dos nuevas patrulleras de alta mar por valor de 42 millones de dólares encargadas por Nigeria a China Shipbuilding y Offshore International (CSOI) (Ross, 2012; Obayuwana, 2012); estos son solo unos ejemplos de la implicación creciente de China en la región.

No obstante, si la dinámica en el Atlántico Sur parece abundar en competencia abierta y rivalidad oficiosa, también abundan las oportunidades de cooperación o, al menos, las consultas sobre cuestiones de interés común. Como si fuera una muestra de la urgencia de la necesidad de una mayor cooperación transatlántica, el Diálogo de Cooperación en Defensa (DCD) entre Estados Unidos y Brasil, cuyo pistoletazo de salida oficial tuvo lugar en 2012, ya prevé la posibilidad de una acción conjunta en el continente africano e, implícitamente, en la zona del Atlántico. En Río de Janeiro, el exsecretario de Defensa estadounidense, Leon Panetta, abordó con franqueza este problema: «Nuestras dos naciones tienen conexiones históricas con África e interés estratégico en la estabilidad de ese continente. Deberíamos estudiar vías para que nuestras fuerzas armadas cooperen para ayudar a nuestros homólogos africanos, por ejemplo, mediante la realización de ejercicios combinados y otras formas de preparación para tratar de mejorar su capacidad de proporcionar una mayor seguridad en lo que todos sabemos que es un continente inestable» (Departamento de Defensa de Estados Unidos, 2012).

Aunque se halla todavía en sus fases muy iniciales, esta predisposición oficial ya se ha traducido en resultados concretos, como lo demuestra la participación de oficiales brasileños en el ejercicio naval *Obangame Express*, en febrero de 2012, realizado frente a la costa de la ciudad nigeriana de Calabar, en el golfo de Guinea. Siendo así que suelen surgir impedimentos en forma de malentendidos o iniciativas mal explicadas, no es de extrañar que, al menos en público, las divergencias sean tan explícitas. Sin embargo, detrás de una cortina de humo tan persistente, cabe mejorar notablemente el grado de cooperación, especialmente en áreas tan importantes como la formación del personal militar local africano, los ejercicios próximos a las aguas africanas y el apoyo a las estructuras de seguridad regionales. De hecho, se reconoce de modo creciente la capacitación de los instrumentos de aplicación de la ley propios del continente africano como pieza esencial de cualquier estrategia orientada a abordar los problemas de seguridad. En otras palabras, la anarquía en tierra es una receta para la anarquía en el mar y, en ese sentido, toda solución duradera a este tipo de problemas comienza siempre gracias al concurso de socios locales creíbles y capaces. A juzgar por recientes aproximaciones oficiales, las autoridades brasileñas y estadounidenses cobran mayor conciencia de esta realidad.

Conclusión

Teniendo en cuenta las inversiones más recientes llevadas a cabo por Brasil y Estados Unidos en África y a lo largo de sus aguas según sus preferencias, es inevitable que se hagan conexiones con el actual contexto de seguridad marítima en el ámbito atlántico. A todos los efectos, tratar de disociar la evolución de los acontecimientos en el continente de las cuestiones de seguridad en curso en el Atlántico Sur es fracasar a la hora de comprender el origen o los factores coadyuvantes de buena parte de los problemas que se presentan en la actualidad a la mayoría de los estados africanos y a la más amplia comunidad internacional involucrada. Sin embargo, ya sea porque las principales potencias reconozcan los motivos de hacer frente a las amenazas que surgen en el Atlántico en toda su dimensión o porque admitan su interés común en intervenir de forma conjunta en la región, la transformación de esta zona en una cuestión de seguridad necesitada de una mayor atención se presenta incuestionable. En medio de un contexto internacional complejo, los esfuerzos ocasionales de cooperación pueden aportar un paliativo provisional, pero desenredar las raíces profundas de este rompecabezas geopolítico requerirá de modo invariable de todas las partes implicadas un enfoque más coherente y sistemático de la diversidad de problemas que aquejan a la región. Para bien o para mal, el Atlántico Sur entra a formar parte de la agenda internacional de seguridad.

Referencias bibliográficas

- AFP-Agence France Press. «China grants Benin \$34 mln in loans, grants» (21.09.2011).
- Alden, Chris; Vieira, Marco Antonio. «The New Diplomacy of the South: South Africa, Brazil, India and trilateralism». *Third World Quarterly*, vol. 26, n.º 7 (2005), p. 1077-1095.
- Amorim, Celso. «A Política de Defesa de um País Pacífico». *Revista da Escola de Guerra Naval*, vol. 18, n.º 1 (2012), p. 7-17.
- Bowden, Anna *et al.* «The Economic Cost of Maritime Piracy». *One Earth Future Working Paper* (December 2010)
- Cervo, Amado Luiz. «Brazil's Rise on the International Scene: Brazil and the World». *Revista Brasileira de Relações Internacionais*, vol. 53, Special edition (2010), p. 7-32.
- Clinton, Hillary. «America's Pacific Century». *Foreign Policy* (November 2011).

- Department of Defense (USA). «Remarks to the Superior War College by Secretary Panetta, Rio de Janeiro, Brazil». Department of Defense (25 April 2012) [Fecha de consulta 30.11.2012]:
<http://www.defense.gov/utility/printitem.aspx?print=http://www.defense.gov/transcripts/transcript.aspx?transcriptid=5020>
- «The National Military Strategy of the United States of America: Redefining America's Military Leadership». Department of Defense (February 2011) [Fecha de consulta 04.12.2012]:
http://www.jcs.mil/content/files/2011-02/020811084800_2011_NMS_-_08_FEB_2011.pdf
- EIA- US Energy Information Administration. «International Energy Outlook 2011». *Energy Information Agency* (September 2011) [Fecha de consulta 10.12.2012]:
[http://www.eia.gov/forecasts/ieo/pdf/0484\(2011\).pdf](http://www.eia.gov/forecasts/ieo/pdf/0484(2011).pdf)
- Gaier, Rodrigo Viga. «Jobim: Quarta Frota dos EUA “aquí não entra”». Reuters (09.05.2008).
- GNA-Ghana News Agency. «Ghana Navy ready to combat illegal activities on high seas-Lt. Gen. Smith». (24.10.2011).
- Hurrell, Andrew. «The politics of South Atlantic security: a survey of proposals for a South Atlantic Treaty Organization». *International Affairs*, vol. 59, n.º 2 (Spring 1983), p. 179-193.
- Ibaba, Ibaba Samuel y Ikelegbe, Augustine. «Militias, Pirates and Oil in the Niger Delta», en: Okuma, Wafula; Ikelegbe, Augustine (eds.) *Militias, Rebels and Islamist Militants: Human Insecurity and State Crisis in Africa*. Pretoria: Institute for Security Studies, 2010, p. 219-255.
- ICC-IMB. International Chamber of Commerce-International Maritime Bureau. «Piracy and Armed Robbery Against Ships: Report for the period of 1 January-30 June 2012». London: ICC-IMB, 2012.
- ICG-International Crisis Group. «Le golfe de Guinée: la nouvelle zone à haute risque». *Africa Report*, n.º 195 (12.12.2012a).
- «Beyond Turf Wars: Managing the Post-Coup Transition in Guinea-Bissau». *Africa Report*, n.º 190 (17.08.2012b).
- Le Mière, Christian. «America's Pivot to East Asia: The Naval Dimension». *Survival: Global Politics and Strategy*, vol. 54, n.º 3 (2012), p. 81-94.
- Mahbubani, Kishore. «The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Power to the East. New York». *Public Affairs*, 2009.
- McFate, Sean. «US Africa Command: Next Step or Next Stumble?». *African Affairs*, vol. 107, n.º 406 (2008), p. 111-120.
- Ministério da Defesa do Brasil. «Livro Branco de Defesa Nacional». Ministério da Defesa (July 2012a) [Fecha de consulta 01.12.2012]:
<https://www.defesa.gov.br/arquivos/2012/mes07/lbndn.pdf>

- «Política Nacional de Defesa». Ministério da Defesa (July 2012b) [Fecha de consulta 01.12.2012]:
<https://www.defesa.gov.br/arquivos/2012/mes07/pnd.pdf>
- «Estratégia Nacional de Defesa». Ministério da Defesa (2008) [Fecha de consulta 01.12.2012]:
http://www.defesa.gov.br/projetosweb/estrategia/arquivos/estrategia_defesa_nacional_portugues.pdf
- McNamee, Mark. «Piracy on the Rise in the Gulf of Guinea as Niger Delta Militants Move Offshore». *Terrorism Monitor*, vol. 10, n.º 15 (27.07.2012), p. 6-7.
- NATO-North Atlantic Treaty Organization. «NATO 2020: Assured Security; Dynamic Engagement-Analysis and Recommendations of the Group of Experts on a New Strategic Concept for NATO». Brussels: NATO, 2010
- Obayuwana, Oghogho. «China wants to partner Nigeria on Gulf of Guinea». *The Guardian Nigeria* (03.08.2012)
- Onapajo, Hakeem *et al.* «Boko Haram terrorism in Nigeria: The international dimension». *South African Journal of International Relations*, vol. 19, n.º 3 (December 2012), p. 337-357.
- Pham, J. Peter. «Emerging West African Terror-Drug Nexus Poses Major Security Threat». *World Defense Review* (28.01.2010).
- «Boko Haram's Evolving Threat». *Africa Security Brief*, n.º 20 (April 2012).
- Ploch, Lauren. «Africa Command: U.S. Strategic Interests and the Role of the U.S. Military in Africa». *Congressional Research Service* (22 July 2011).
- Ross, Will. «Nigeria celebrates first home-made warship». *BBC News Africa* (07.06.2012).
- Saraiva, José Flávio Sombra. «The new Africa and Brazil in the Lula era: the rebirth of Brazilian Atlantic Policy». *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 53, Special Edition (2010), p. 169-182.
- Savage, Charlie y Shanker, Thom. «U.S. Drug War Expands to Africa, a Newer Hub for Cartels». *The New York Times* (21.07.2012).
- Seabra, Pedro. «South Atlantic crossfire: Portugal in-between Brazil and NATO». *IPRIS Viewpoints*, n.º 26 (November 2010).
- Soares da Lima, Maria Regina; Hirst, Mônica. «Brazil as an intermediate state and regional power: action, choice and responsibilities». *International Affairs*, vol. 82, n.º 1 (2006), p. 36.
- The Economist. «Nigeria's crisis: A threat to the entire country». *The Economist* (29.11.2012a).
- «Brazil in Africa: A new Atlantic alliance». *The Economist* (10.11.2012b).
- The White House (USA). «U.S. Strategy Toward Sub-Saharan Africa». The White House (June 2012) [Fecha de consulta 04.12.2012]:

- http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/docs/africa_strategy_2.pdf
- «National Security Strategy». The White House (May 2010) [Fecha de consulta 04/12/2012]:
http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf
 - «Remarks by the President to the Ghanaian Parliament». The White House (11 July 2009) [Fecha de consulta 04/12/2012]:
<http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-ghanaian-parliament>
- UNODC-United Nations Office on Drugs and Crime. «The Transatlantic Cocaine Market». *UNODC Research paper* (April 2011a) [Fecha de consulta 20.11.2012]:
http://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/Studies/Transatlantic_cocaine_market.pdf
- *World Drugs Report 2011*. Viena: UNODC, 2011b.
 - *Cocaine Trafficking in West Africa: The threat to stability and development (with special reference to Guinea-Bissau)*. Viena: UNODC, 2007.
- UNSC-United Nations Security Council. «Report of the United Nations assessment mission on piracy in the Gulf of Guinea (7 to 24 November 2011)». UNSC, S/2012/45 (19 January 2012) [Fecha de consulta 21.11.2012]:
<http://www.securitycouncilreport.org/atf/cf/%7B65BF9B-6D27-4E9C-8CD3-CF6E4FF96FF9%7D/AUUN%20S%202012%2045.pdf>
- Vigevani, Tullo y Cepaluni, Gabriel. *Brazilian Foreign Policy in Changing Times: The Quest for Autonomy from Sarney to Lula*. Plymouth: Lexington Books, 2009.
- Walle, Nicolas van de. «US policy towards Africa: The Bush legacy and the Obama administration». *African Affairs*, vol. 109, n.º 434 (2010), p. 1-21.
- Whitlock, Craig. «Contractors run U.S. spying missions in Africa». *The Washington Post* (14.06.2012).
- World Bank. Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada. «Bridging the Atlantic. Brazil and Sub-Saharan Africa: South-South Partnering for Growth». Washington: World Bank/IPEA, 2011.
- Yapp, Robin. «South American drug gangs funding al-Qaeda terrorists». *Telegraph* (29.12.2010).
- Zakaria, Fareed. *The post-American World: Release 2.0*. New York/London: Norton & Company, 2011.